**La Samaritana en el Pozo: Juan 4, 7-30**

Aporte espiritual - 9 de octubre

**Fr. Timothy Radcliffe OP**

Hoy comenzamos a reflexionar sobre el punto B.1 del *Instrumentum Laboris*, "Una Comunión que irradia". El tema que surgió con más frecuencia en nuestras sesiones de la semana pasada fue la formación. Entonces, ¿cómo podemos formarnos todos para una comunión que se desborde en misión?

En el capítulo 4 de Juan se narra el encuentro de Jesús con la mujer junto al pozo. Al principio del capítulo, ella está sola, es una figura solitaria. Al final, se transforma en la primera predicadora del Evangelio, del mismo modo que la primera predicadora de la resurrección será otra mujer, María Magdalena, la Apóstol de los Apóstoles: dos mujeres que lanzan la predicación, primero, de la buena nueva de que Dios ha venido a nosotros y, después, de la resurrección.

¿Cómo supera Jesús su aislamiento? El encuentro comienza con unas breves palabras, sólo tres en griego: "Dame de beber". Jesús tiene sed y no sólo de agua. Todo el Evangelio de Juan se articula en torno a la sed de Jesús. Su primera señal fue ofrecer vino a los sedientos invitados a las bodas de Caná. Casi sus últimas palabras en la cruz son "Tengo sed". Luego dice: "Se ha cumplido" y muere.

Dios aparece entre nosotros como alguien que tiene sed, sobre todo de cada uno de nosotros. Mi maestro de estudiantes, Geoffrey Preston OP, escribió: "La salvación consiste en que Dios nos anhela y está sediento de nosotros; Dios nos quiere mucho más de lo que nosotros podemos quererle a él.[[1]](#footnote-1) ". La mística inglesa del siglo XIV, Juliana de Norwich dijo: "El anhelo y la sed espiritual [fantasmal] de Cristo dura y durará hasta el día del Juicio Final”[[2]](#footnote-2).

Dios tenía tanta sed de esta mujer caída que se hizo humano. Compartió con ella lo más precioso, el nombre divino: "YO SOY el que te habla". Es como si la Encarnación hubiera sucedido sólo para ella. Ella también aprende a tener sed. Primero de agua, para no tener que ir todos los días al pozo. Luego descubre una sed más profunda. Hasta ahora había ido de hombre en hombre. Ahora descubre a aquel a quien siempre había anhelado sin saberlo. Como decía Romano el Melodista, a menudo la vida sexual errática de las personas es una búsqueda a tientas de su sed más profunda, de Dios[[3]](#footnote-3). Nuestros pecados, nuestros fracasos, suelen ser intentos equivocados de encontrar lo que más deseamos. Pero el Señor nos espera pacientemente junto a nuestros pozos, invitándonos a tener más sed.

Así pues, la formación para "una comunión que irradia" consiste en aprender a tener sed y hambre cada vez más profundas. Comenzamos con nuestros deseos ordinarios. Cuando estuve enfermo de cáncer en el hospital, no se me permitió beber nada durante unas tres semanas. Tenía una sed atroz. Nunca nada me supo tan bien como aquel primer vaso de agua, ¡incluso mejor que un vaso de whisky! Pero poco a poco descubrí que había una sed más profunda: 'Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti anhelo, como tierra seca y cansada sin agua' (Salmo 62).

Lo que nos aísla a todos es quedarnos atrapados en pequeños deseos, pequeñas satisfacciones, como vencer a nuestros adversarios o tener estatus, ¡llevar un sombrero especial! Según la tradición oral, cuando Tomás de Aquino fue preguntado por su hermana Teodora sobre cómo llegar a ser santo, respondió con una palabra: *¡Velle*! ¡Quiérelo![[4]](#footnote-4). Jesús pregunta constantemente a las personas que acuden a él: "¿Quieres?"; "¿Qué puedo hacer por ti?". El Señor quiere darnos la plenitud del amor. ¿Lo queremos?

Así pues, formarse para la sinodalidad significa aprender a ser personas apasionadas, llenas de un profundo deseo. Pedro Arrupe, el maravilloso superior general de los jesuitas, escribió: "No hay nada más práctico que encontrar a Dios, es decir, que enamorarse de un modo absoluto, definitivo. Lo que te enamora, lo que se apodera de tu imaginación, lo afectará todo. Decidirá lo que te levantará de la cama por la mañana, lo que harás por las tardes, cómo pasarás los fines de semana, lo que leerás, a quién conocerás, lo que te rompe el corazón y lo que te asombra de alegría y gratitud. Enamórate, permanece enamorado, y eso lo decidirá todo”[[5]](#footnote-5). Aquel hombre apasionado, San Agustín, exclamó: 'Te he probado y ahora tengo hambre y sed de ti; me has tocado, y he ardido por tu paz'[[6]](#footnote-6).

Pero, ¿cómo llegar a ser personas apasionadas -apasionadas por el Evangelio, llenas de amor mutuo- sin desastres? Esta es una pregunta fundamental para nuestra formación, especialmente para nuestros seminaristas. El amor de Jesús por esta mujer sin nombre la libera. Se convierte en la primera predicadora, pero nunca volvemos a saber de ella. Una Iglesia sinodal será aquella en la que nos formemos para un amor sin posesiones: un amor que ni huye de la otra persona ni se apodera de ella; un amor que no es ni abusivo ni frío.

En primer lugar, es un encuentro intensamente personal entre dos personas. Jesús la encuentra tal como es. Tienes razón cuando dices: "No tengo marido". Porque has tenido cinco maridos y el que tienes ahora no es tu marido. Lo que has dicho es verdad'. Ella se acalora y responde burlona: 'Ah, así que eres profeta'.

Debemos formarnos para encuentros profundamente personales entre nosotros, en los que trascendamos las etiquetas fáciles. El amor es personal y el odio es abstracto. Vuelvo a citar la novela de Graham Greene *El poder y la gloria*: "El odio no era más que un fracaso de la imaginación". El personalísimo desacuerdo de San Pablo con San Pedro fue duro, pero un verdadero encuentro. La Santa Sede se funda en este encuentro apasionado, airado pero *real*. Las personas a las que San Pablo no podía soportar eran los espías solapados, que cotilleaban y trabajaban en secreto, susurrando en los pasillos, ocultando quiénes eran con sonrisas engañosas. El desacuerdo abierto no era el problema.

Muchas personas se sienten excluidas o marginadas en nuestra Iglesia porque les hemos puesto etiquetas abstractas: ¡divorciados y vueltos a casar, homosexuales, polígamos, refugiados, africanos, jesuitas! Un amigo me dijo el otro día: "Odio las etiquetas. Odio que encasillen a la gente. No soporto a esos conservadores”. Pero si realmente conoces a alguien, puedes enfadarte, pero el odio no puede sostenerse en un encuentro verdaderamente personal. Si vislumbras su humanidad, verás al que los crea y los sostiene en el ser, cuyo nombre es YO SOY.

El fundamento de nuestro encuentro amoroso, pero no posesivo con los demás es, sin duda, nuestro encuentro con el Señor, cada uno en nuestro propio pozo, con nuestros fallos y debilidades y deseos. Él nos conoce tal como somos y nos libera para encontrarnos con un amor que libera y no controla. En el silencio de la oración, somos liberados.

Se encuentra con quien la conoce totalmente. Esto la impulsa en su misión. Ven a ver al hombre que me ha contado todo lo que he hecho". Hasta ahora había vivido avergonzada y oculta, temiendo el juicio de sus conciudadanos. Va al pozo en pleno mediodía, cuando no hay nadie. Pero ahora el Señor ha iluminado todo lo que ella es y la ama. Después de la Caída, Adán y Eva se escondieron de la vista de Dios, avergonzados. Ahora ella sale a la luz. La formación para la sinodalidad quita nuestros disfraces y nuestras máscaras, para que salgamos a la luz. ¡Que esto suceda en nuestros círculos menores!

Entonces seremos capaces de mediar el placer sin posesiones de Dios en cada uno de nosotros, en el que no hay vergüenza. Nunca olvidaré una clínica para enfermos de sida llamada Mashambanzou, a las afueras de Harare (Zimbabue). La palabra significa literalmente "el momento en que los elefantes se lavan", que es el amanecer. Luego bajan al río a chapotear, a echarse agua encima y entre ellos. Es un momento de alegría y juego. La mayoría de los pacientes eran adolescentes a los que no les quedaba mucho tiempo de vida, pero es un lugar de alegría. Recuerdo especialmente a un chaval llamado Courage, que llenaba el lugar de risas.

En Phnom Penh, Camboya, visité otro hospicio para enfermos de sida dirigido por un sacerdote llamado Jim. Él y sus ayudantes recogen a los enfermos de sida en las calles y los llevan a esta sencilla cabaña de madera. Acababan de traer a un joven. Estaba demacrado y no parecía que le quedara mucho tiempo de vida. Le estaban lavando y cortando el pelo. Su rostro era dichoso. Éste es el hijo de Dios en el que se complace el Padre.

Los discípulos vuelven con comida. Se sorprenden al ver a Jesús hablando con esta mujer caída. ¡Los pozos son lugares de encuentro romántico en la Biblia! Como con ella, la conversación tiene un comienzo lento. Sólo dos palabras: 'Rabí, come'. Pero ella se ha convertido en predicadora incluso antes que ellos. Nuestro papel como sacerdotes consiste a menudo en apoyar a los que ya han empezado a recoger la cosecha antes incluso de que nos despertemos.

1. *Hallowing the Time:Meditations on the Cycle of the Christian Liturgy*, Darton, Longman and Todd, Londres, 1980, p. 83. [↑](#footnote-ref-1)
2. *Revelaciones del Amor Divino*, capítulo 31 [↑](#footnote-ref-2)
3. Cant. 10, citado por Simon Tugwell OP, *Reflections on the Beatitudes*, Darton, Longman and Todd, Londres, 1980, p.101 [↑](#footnote-ref-3)
4. Placid Conway OP, *Santo Tomás de Aquino*, Longmans Green, Londres 1911, p.88 [↑](#footnote-ref-4)
5. Virgil Elizondo *Charity* Nueva York 2008 p.22 [↑](#footnote-ref-5)
6. Lectura del Breviario para la fiesta: Confesiones, Bk 10, xxvii (38). [↑](#footnote-ref-6)